

y otra Cámara. Ni se modificó la actitud de Inglaterra con las noticias llegadas de Oriente, donde los acontecimientos habían tomado pronto un giro inesperado. Kleber, á quien, como sabemos, había confiado Bonaparte el mando del ejército de Egipto, conceptuando imposible la conservación de este país, se puso al habla, á la aproximación de los turcos, con el gran visir y el comodoro sir Sedney, y este último ávido de laureles diplomáticos, firmó con él el veinte de Enero un tratado, en cuya virtud los franceses debían evacuar el territorio egipcio y ser conducidos libremente á Tolón en navíos ingleses. Por desgracia, el comodoro recibió casi inmediatamente de Londres por conducto de lord Keith, la orden de no aceptar sino la rendición sin condiciones, y tuvo que comunicar con verdadero sentimiento al general francés la nulidad del pacto convenido. Entonces Kleber, en un rasgo de sublime heroísmo, reunió todas sus fuerzas, dispersó cerca de Heliópolis á las bandas del gran visir, que eran cuatro veces superiores en número, y las arrojó de Egipto, que reconquistó de golpe.

Tampoco en Viena se prestó fé á las demostraciones pacíficas de Bonaparte, á quien Thugut respondió por una nota ministerial, y no por carta autógrafa del Emperador. La nota austriaca, más cortés en la forma, no difería en su fondo de la inglesa. El primer Cónsul, que veía avanzar las cosas por el camino que deseaba, siguió, sin embargo, disimulando, y propuso, por medio de Talleyrand, el trato de Campo Formio como base de la nueva paz. Thugut replicó que era inútil hablar de un tratado violado tantas veces, y entonces Bonaparte, cada día más deseoso, al parecer de evitar la guerra, convino en que, después de las ventajas conseguidas en la última campaña, Austria tenía derecho á mejorar en su provecho las estipulaciones de Campo Formio. La moderación del primer Cónsul engañó á casi todos, siendo opinión general que, no obstante el talento del conquistador de Egipto, no era posible que Francia tomase la ofensiva, debiendo á lo más esperarse que se defendiera obstinadamente dentro de sus fronteras. Sólo Thugut, juzgando atinadamente del carácter del nuevo dueño de Francia, temía siempre un ataque repentino. No estaba equivocado. Mientras arrojaba puñados de polvo á los ojos de su adversario con sus mentidas protestas de amor á la paz, Bonaparte afilaba la espada con que iba á descargarle sus certeros golpes.



CAPÍTULO SEGUNDO

Marengo. Luneville. El Concordato. Paz general.



RESUELTO Bonaparte á proseguir la guerra desde que empuñó con mano firme las riendas del poder, fijó su atención en la conveniencia de ganarse aliados entre los Estados neutrales, proponiéndose al mismo tiempo apartar de la coalición á aquellos otros que parecían vacilar, ya por descontento, ya por cansancio. Hubo un instante en que se prometió conseguir ambas cosas por medio de Prusia. De las tres grandes potencias del Continente, ésta era la única con quien Francia vivía en verdadera paz, y su neutralidad le había sido sumamente útil en una época en que Europa entera estaba armada contra ella. Por esta razón, Bonaparte, en los primeros días del consulado provisional, había mandado á Berlin á su ayudante de campo y amigo, Duroc, con el encargo de manifestar á Federico Guillermo sus vivos deseos de estrechar con él los lazos de la más firme amistad, y simultáneamente, Mr. Otto, embajador francés en Berlin, recibía la orden de declarar al conde de Haugwitz que había pasado la oportunidad de amenazar á Francia, la cual se hallaba decidida á no desprenderse de los ducados de Claves y de Gueldre, debiendo, por tanto, Prusia retirar las topas que había reunido en la vecindad de dichas provincias é internarlas á mayor distancia del Rhin. Estas dos misiones tuvieron distinto éxito. En lo concerniente á las provincias de Claves y Gueldre, Prusia dió completa satisfacción á Francia: las fuerzas acumuladas en la orilla del Rhin retrocedieron al interior, y el departamento del Böer, amenazado pocas semanas antes de una triple invasión, quedó libre

de todo peligro. En cuanto á la otra pretensión, el resultado fué menos lisonjero. Federico Guillermo acogió muy afectuosamente á Duroc, que con su tacto, su corrección y sus agradables maneras captóse las simpatías de la corte; mas no obstante haber hecho brillar á sus ojos el enviado francés la esperanza de obtener como recompensa las ciudades anseáticas, fiel á su sistema de neutralidad circumspecta, rehusó comprometer su libertad de acción aceptando la alianza que se le ofrecía. A pesar de ello, lisonjeado en su amor propio con el papel de árbitro y moderador que vislumbraba en lo futuro, y satisfecho de que las grandes potencias consumieran en la guerra sus recursos en hombres y dinero mientras Prusia se fortificaba, interpuso complacientemente sus buenos oficios para atraer á su propio sistema de neutralidad á los pequeños Estados de Alemania y para separar de la coalición al Czar de Rusia.

Esto último no era difícil; porque de hecho, había cesado la inteligencia entre Rusia, de una parte, y Austria é Inglaterra, de la otra. Pedro I, espíritu inquieto y voluble, romántico y caballeresco, después de haber dado á sus tropas la orden de abandonar á Suiza en Octubre de mil setecientos noventa y nueve, vaciló todavía algún tiempo antes de adoptar una resolución definitiva; dominado un día por su irritación contra Austria y Thugut, apremiaba á Suwaroff para que apresurara su retirada, y al siguiente, dejándose vencer otra vez de su odio á los principios y los hombres de la Revolución francesa, ponía mejor semblante á la corte de Viena y trazaba nuevos planes de guerra contra los jacobinos. Receloso de la avidez de Austria, había proyectado la formación de una gran liga defensiva en que entrasen los Estados del Norte; comunicó la idea á Prusia, y quiso recabar del gobierno de la Gran Bretaña la aprobación de su programa conservador. En Berlín, sin embargo, por la actitud práctica del rey, no le dieron sino buenas palabras, y en cuanto á Inglaterra, Lord Grenville le instó vivamente para que juzgase con menos severidad á Austria y no la excluyese de la liga. El gobierno británico, además mandó á su encargado de negocios, Wickham, avistarse en Habsburgo con Suwaroff, que había establecido allí sus cuarteles de invierno y que desarrolló ante Wickham un plan de campaña para la primavera siguiente, según el cual, ochenta mil rusos debían operar en Suiza é Italia de acuerdo con los austriacos. Deseoso el ministerio inglés de cambiar la resolución de Pablo I, asintió plenamente al proyecto de Suwaroff, comprometióse á sostenerlo en Viena y en San Petersburgo, y se obligó á costear los gastos que ocasionara el aumento del cuerpo expedicionario de Rusia, con lo que logró que el Czar diese orden de suspender la retirada y se conformase con la proposición de Suwaroff de esperar en Bohemia el curso de los acontecimientos. El acuerdo duró poco. Molesto Pablo I con Thugut, pidió al emperador Francisco que le alejase del gobierno; no hizo el austriaco ningún caso de semejante exigencia, por el contrario, jamás gozó de tanto favor el ministro puesto en entredicho por el Czar. Inglaterra, temerosa de que Austria concertase la paz á espaldas

suyas, nunca en el curso de la guerra se había mostrado más propicia á complacerla en todo; Austria, fuerte con este apoyo, declaró sin ambages á Rusia que insistía en apropiarse las antiguas Legaciones pontificias, en recuperar á Milán y en la anexión, no de todo el Piamonte, pero sí de la antigua provincia de Novara, con Tortona y Alejandría; y al paso que Pablo estimaba haber dado pruebas de generosa condescendencia mandando detenerse á sus tropas en Bohemia, Thugut se quejó con amargura de la carga que tal medida imponía á un país esquilado, expresando en términos escuetos la necesidad de que el ejército ruso desalojase lo más pronto posible el territorio del Imperio. También desechó Thugut el plan de campaña de Suwaroff: á su juicio, la experiencia había demostrado que no podían operar juntos austriacos y rusos, debiendo la guerra correr á cargo de los primeros, tanto en el sud de Alemania como en Suiza y en Italia. Austria agradecería á Rusia que enviase, con el simple carácter de fuerza auxiliar y dependiente de los generales del emperador Francisco, el cuerpo de doce mil hombres que había prometido; á tal extremo llevaba sus pretensiones. Menos habría necesitado Pablo I para romper definitivamente con Austria, cuando he aquí que tuvo noticia de sucesos recientes ocurridos en la Italia central, que colmaron la medida de su indignación. En la hermosa cuanto infortunada Península, en efecto, presa el general austriaco Fræhlich de la mayor irritación porque el comodoro Troubidge se le había anticipado cuando se dirigía á Roma, y decido el general Garnier á capitular entregando aquella ciudad á los napolitanos y Civita-Vechia á los ingleses, se revolvió contra Ancona, que el general Monnier defendía con inquebrantable firmeza de la milicia de Lahoz y de una escuadra rusa mandada por el conde Woinowitsch. A ejemplo de Troubidge, entró en negociaciones con los franceses, consiguiendo que la plaza se rindiera el catorce de Noviembre, mediante la concesión de una salida honrosa á las fuerzas que la guarnecían. Inmediatamente, Woinowitsch desembarcó un pequeño destacamento, mandando enarbolar la bandera rusa en algunos puntos de la población; pero Fræhlich expulsó de la ciudad á los aliados é hizo desaparecer de todas partes sus banderas. El Czar enfurecióse cuando le comunicaron estas nuevas: llamó resueltamente á sus tropas á Rusia y cortó toda relación diplomática con Austria, exigiendo que se castigara ejemplarmente á Fræhlich y se separase con la mayor solemnidad el agravio inferido al pabellón ruso.

En el entretanto, habíase ido estrechando la alianza entre Austria é Inglaterra, que dió su entera conformidad, por boca de lord Minto, á los planes de conquista que aquella le expuso. Alentado con este asentimiento, Thugut suscribió el empréstito concertado por Stahremberg en mil setecientos noventa y siete. Al cabo de cuatro años de discusión, desaparecían los obstáculos que dificultaban una inteligencia formal entre las dos potencias, y, gracias á la obtención de un cuantioso subsidio por parte de los ingleses, iba á cesar la rémora que hasta entonces había paralizado la guerra: la falta de dinero. Thu-

gut no cabía en sí de satisfacción. No sólo se veía libre de la terquedad de Suwaroff, sino que allanaba el camino de la ejecución de sus proyectos la retirada del servicio activo del archiduque Carlos, quien, atacado de epilepsia y lleno de disgusto al ver confirmadas sus predicciones desde que se le obligó á abandonar el territorio helvético, renunció el mando en jefe. La suerte de Suwaroff no fué más envidiable que la de su colega austriaco. Habiendo caído enfermo durante su larga expedición, le sostuvieron en el camino las muestras del favor imperial que recibía; sin embargo, al llegar á San Petersburgo, le entregaron una carta del soberano, donde era reprendido como un cadete por la falta cometida seis meses antes, consistente en haber dado por algún tiempo á uno de sus compañeros el título de *Jefe de día*, que correspondía exclusivamente á los ayudantes del Emperador. La cruel vejación hirió de muerte al viejo héroe; su mal se agravó de pronto, y exhaló el último suspiro pocos días después de su regreso.

La mayor intimidación establecida entre Austria é Inglaterra provocó también la discordia entre el emperador Pablo y la corte de Londres. Desde el fracaso de la expedición á Holanda, el Czar estaba descontento de sus aliados ingleses. Cuando á la vuelta de ella los rusos se aproximaron á las costas de la Gran Bretaña, supieron que no se quería dejarles desembarcar allí, sino conducirlos á Jersey y Guernessey: después, tras haber aguardado algunos días los barcos de transporte, al arribar á Jersey, no encontraron ni los víveres ni las tiendas que necesitaban. Los ingleses se negaban á pagar más tropas que las realmente presentes, y no todas las prometidas por los tratados, mezquindad que sacó de quicio al Emperador, con tanto mayor motivo cuanto que nada podía razonablemente oponer. Se trató también de operar un desembarco en las costas de Francia, mas no hubo acuerdo respecto al punto en que debía verificarse, sin contar con que Pablo resistió enérgicamente las pretensiones de Inglaterra, que, alegando ser la unidad de mando condición indispensable para el buen éxito de la empresa, quería que las escuadras fuesen capitaneadas por un almirante inglés. Cuando, después de todos estos motivos de disenti- miento, supo el Emperador que la Gran Bretaña se adhería á las ideas políticas de Thugut, no aguantó más; en el mes de Marzo ordenó á sus tropas que regresasen y, rompiendo sus relaciones diplomáticas con Inglaterra, anunció definitivamente su resolución de no tomar parte ninguna, ni por mar ni por tierra, en la guerra contra Francia.

Thugut, como hemos dicho, era quizás el único que, desde el punto que Bonaparte subiera al poder, apreció acertadamente la gravedad de la situación, temiendo á cada momento que Francia reanudase con ímpetu las hostilidades, y fijo en esta idea, hizo todo lo posible por activar el armamento de Austria. Ya el tres de Enero excitaba al conde de Colloredo para que el Emperador mismo, por medio de una carta autógrafa, diese impulso al reclutamiento de las tropas húngaras. «No hay minuto que perder, escribía; es más que probable que los franceses nos atacarán cuando menos lo esperemos»; y el diez del

mismo mes agregaba: «Todas las noticias que tengo de París me confirman en la convicción de que los franceses se aperciben á lanzarse sobre nosotros antes de que estemos preparados: Hungría debe proporcionarnos este año veinticinco mil reclutas, y en vez de tenerlos listos, todavía le falta que enviar seis mil del año anterior.» El ejército austriaco no alcanzaba aun la cifra de doscientos treinta mil hombres, que precedentemente le había asignado Thugut. En Italia, Melas, nombrado general en jefe, tenía poco más de cien mil, de los cuales era preciso descontar sobre treinta mil, que cubrían las guarniciones de las fortalezas de la alta Italia, y un pequeño destacamento enviado á Toscana. El contingente del ejército alemán, puesto bajo el mando de Kray, que había sustituido al archiduque Carlos, era próximamente el mismo, estando distribuido del siguiente modo: veinticuatro mil hombres en los Grisones y el Tirol, donde eran innecesarios, y ochenta mil en Selva Negra y el alto Rhin, desde Schaffouse hasta Hidelberg. Pudiendo ya comprender por los desastres del año anterior cuán grande era la importancia estratégica de Suiza, propuso la corte de Viena al general Kray un vasto proyecto, encaminado á la conquista de aquel país; Kray declaró que, para asegurar el éxito de la operación, necesitaba del concurso de veinticinco mil hombres, por lo menos, del ejército de Italia, y el Emperador, aconsejado por Thugut, prometiéndole dicho auxilio el veinticuatro de Febrero, mas expresando el deseo de que antes Melas expulsase á los franceses de las inmediaciones de Génova, empresa fácil dadas la desorganización y debilidad de las fuerzas republicanas que allí se habían refugiado; conseguido lo cual, debía el general citado mandar al Valais los veinticinco mil hombres pedidos por Kray, mientras éste invadiría el territorio helvético por el Norte. «En el entretanto, añadía el Emperador, sería conveniente que Kray intentase algún golpe contra la Alsacia, á fin de reanimar el valor de los realistas y facilitarles la lucha en Bretaña.»

El plan no estaba mal concebido, y de ejecutarse con prontitud y energía, hubiera colocado á Austria en condiciones sumamente ventajosas. A fines de Febrero de mil ochocientos, el ejército de Massena dejaba mucho que desear, no habiendo recibido sino refuerzos insignificantes y careciendo de lo estrictamente necesario. Algo mejor era la situación de Moreau en Alemania; pero, con todo, mucho después aún manifestó este general á su gobierno que su ejército, desnudo y mal armado, no estaba en aptitud de avanzar victoriosamente. La ocasión, pues, era favorable para Austria; mas iba á pasar enseguida, porque precisamente, á fines de Febrero, Bonaparte aplastaba á los legitimistas de la Vendée, quedando libre para lanzar contra los enemigos exteriores todas las fuerzas de Francia. Las cuatro semanas que Melas perdió, desde la orden del veinticuatro de Febrero, antes de iniciar el ataque, decidieron de la suerte de su patria, permitiendo al primer Cónsul reforzar el ejército de Massena, para que al menos pudiese oponer tenaz resistencia, y allegar los recursos indispensables para intervenir de improviso y personalmente